



EL ARRIERO.

El Arriero, ó mulero, pues así también se llama desde que Gil Blas de Santillana anduvo por el mundo, es acaso el único español que en España se pasa con guitarra en mano. La edad de oro de las serenatas bajo los balcones pasó hace muchos años, para dejarnos un recuerdo en las escenas dramáticas de este género, que también va pasando, Figaro y Almaviva no existen ya. Solo el Arriero, que recorre el país por caminos pedregosos y veredas solitarias, conserva para distraer su fastidio la costumbre de su indolente y gutural melopea, acompañada de los sonidos simultáneos de seis cuerdas ó de doce. Medio echado sobre el macho, como lo representa nuestro grabado, que es un recuerdo de Sierra-Nevada, ya suba, ya baje una cuésta, entona sus rondallas y jotas, entre el rasgueado de su nacional instrumento, y así dirige una copla á la moza de la última posada en que

ha hecho noche, como veinte ternos y votos á la cabalgadura, que tropieza á cada paso con los pedernales del camino.

Ya hemos dicho que nuestro grabado es un cuadro de Sierra-Nevada. La pendiente es tan rápida y resbaladiza, que los machos y los que los guían están á pique de rodar hasta el abismo. Los animales van sueltos, es decir, caminan al paso que les place, y de este modo guían al Arriero y al mozo: por otra parte, están tan acostumbrados al camino, que saben perfectamente los sitios mas seguros, y á ellos se dirigen, sin que nada baste á alejarlos de su propósito, porque los machos son voluntariosos y testarudos. Lo mejor es dejarlos obrar á su antojo, y así se saldrá con bien de tan terrible precipicio.

Algunas veces abusan los machos y las mulas de sus servicios, porque conocen lo necesarios que son en las revueltas de la sierra,

donde ningún otro cuadrúpedo puede ser de utilidad alguna. Se ven algunas veces por ella algunos caballos andaluces, pero siempre los montan extranjeros, que no han llegado á comprender la seguridad de las mulas y los machos.

Sea de esto lo que quiera, nuestro grupo representa á un mozo de mulas, que alegremente canta, cuesta abajo, semi-atravesado en un macho, y sirve de guía á un arriero encargado de conducir á una hermosa viajera. El contraste de la fisonomía del primero con la de esta última no puede espresarse con mas verdad: aquel canta, seguro de salir del precipicio con toda felicidad y de librarse de los ladrones con el auxilio de las balas de la escopeta; la viajera tiembla al examinar el horrible cuadro que la naturaleza presenta á sus fascinados ojos, y se encomienda á Dios, creyendo que cada paso de la cabalgadura va á precipitarla á un abismo incommensurable. El Arriero, hombre grave, prudente y sereno, sobre cuyo hombro se apoya, la tranquiliza, refiriéndole las veces que ha pasado por allí sin contratiempo.

Los extranjeros creen estar en la Siberia cuando atraviesan la Sierra-Nevada, desde la cual pueden divisar el África, sin salir de la región mas cálida de nuestra Península.

El *Mulhacen* y el *Picacho de la Volata* son los dos picos mas altos de la sierra, y el primero se halla tan elevado como el famoso de Tenerife.

CHISTES DE QUEVEDO

EXTRACTADOS DE SUS OBRAS PÓETICAS.

El talento epigramático de Quevedo es tan popular en España, que su nombre viene á ser el simbolo de la gracia y donosura. Y como si no bastaran los innumerables chistes que á cada página y á cada versohorfan de su festiva pluma, no hay dicho agudo, no hay rasgo epigramático ó malicioso que no se le aplique por la opinion popular. Interminable y enojosa seria la tarea del que pretendiera reunir en un volumen todos los cuentos, todas las anécdotas, todos los dichos, asertos, improvisaciones y hasta libelos que hace dos siglos y medio corren vulgarmente por cuenta de Quevedo, y van mezclados con la verdad conocida de su vida agitada, de sus intrigas políticas, de sus persecuciones y desdichas.—Personaje de calidad en la corte esplendorosa de un rey poeta y disipado, enemigo personal y encarnizado de un valido omnipotente, dotado de talento inmenso, de arrogancia suma y de una traviesa sin igual, sus trabajos y comisiones diplomáticas, sus escritos, sus dichos y hechos, hasta la mas mínima de las acciones de su vida entera, jugaron en la política de su tiempo, y reflejaron poepticamente la opinion de su siglo, la fisonomía especial de aquella sociedad.—Prescindiendo ahora de sus escritos graves (en los cuales, sin embargo, hay que admirar su genio superior), y teniendo solo en cuenta sus obras festivas, ¿quién pudo igualarle entonces ni le ha igualado despues en ser el eco malicioso y picante de una sociedad estragada por los placeres y por la vida sensual? ¿Quién como él supo robar á la plebe sus caracteres, sus ideas, sus intenciones, y hasta su vocabulario de convencion, para revestir el todo con las gracias y el donaire de la poeta popular? ¿Quién acerto á llevar tan allá la desenfadada pintura de los vicios cortesanos, de la falta de probidad social? ¿Quién halló colores en su paleta para retratar con una propiedad á los intrigantes políticos, los aduladores palaciegos, las almas venales y corrompidas, los tahures, los estafadores, los petardistas, los maridos ciegos, las mugeres despiertas, la liviandad gitanesca, los modales y el lenguaje, en fin, de las cárceles y galeras?—Pero todo esto, ¡con qué gracia! ¡con qué traviesa! ¡con qué palpitante verdad! Ciertó que solamente á un autor tan eminente, dotado de sus altas cualidades distintivas, pudiera en verdad perdonarse el atrevimiento de tales pinturas, la exhibición de tan repugnantes originales. Pero sin meternos ahora en la filosófica cuestion de si Quevedo hizo en ello un uso mas ó menos útil y provechoso de su genio inmenso, y aun concediendo acaso que el resultado definitivo redundase en pró de los mismos vicios que afectaba combatir, le consideramos solo bajo el aspecto poético y literario, y como tal hemos procurado siempre estudiarle, confesando francamente que nuestra admiracion hácia el escritor, nos ha hecho olvidar hasta los vicios del moralista; que el Quevedo poeta, ha hecho siempre desaparecer á nuestros ojos al Quevedo malicioso y audaz. Y tambien confesamos que si algun chiste ha podido escaparse de nuestra pluma, á la lectura y al estudio de Quevedo y de Cervantes se lo debemos; á la reminiscencia de sus obras inmortales, de su genio original y de su estilo encantador. Y en prueba de nuestra simpatía hácia aquellos dos colosales talentos, pudiéramos repetir de memoria sus escritos principales, y solo de Quevedo hubo momento en que quisimos extraer un libro entero de chistes y dichos agudos; pero nos convencimos luego de que para ello teníamos necesidad de reimprimir sus obras com-

pletas. Sin embargo, la memoria fiel y entusiasta ha conservado algunos de aquellos rasgos admirables, los cuales sin necesidad de abrir para ello libro alguno, reproducimos aquí *cuales corren*, creyendo en ello hacer un verdadero presente á los lectores.

R. DE M. ROMANOS.

CHISTES DE QUEVEDO.

Si va á decir la verdad de nadie se me da nada; que el ánimo apicarada me ha dado esta libertad.

Mejor es, si se repara, para ser gran caballero, el ser ladrón de dinero que ser Ladrón de Guevara.

Picaros hay con ventura (de los que conozco yo) y picaros hay que no.

El signo del escribano, dice un astrólogo inglés que signo de cáncer es, que comé á todo cristiano.

Oyante, si tó me ayudas con tu malicia y tu risa, verdades diré en camisa poco menos que desnudás.

Sola me dió una mozer y esa me dió en que entender.

Vuela, pensamiento, y dile á los ojos que mas quiero, que hay dinero!

Solamente un dar me agrada, que es el dar en no dar nada.

Si quereis alma, Leonór, daros el alma conño. — ¡Jesus, y que desvario! dinero será mejor.

Si te han de dar mas azotes sobre los que estan á tres, estarán unos sobre otros ó se habrán de hacer allá.

Los hombres y las mugeres se truecan ya tax á tax, y si les dan algo encima no es moneda lo que dan.

No da nadie sino á censo, y todas queremos mas para galan un pagano que un cristiano sin pagar.

Todó sé sabe, Lampuga, que ha dado en chismoso el diablo, y entre jayanes y márcas nunca ha habido secretario.

A soplos como candil murió el malaventurado; porque se halló cierta joya antes de perderla el amo.

Con nombre de Valdemoro, vende por azumbres charcos; ranas, en vez de mosquitos suelen nadar en los vasos.

Hiza, todos somos hombres, nadie se puede espantar.

ni de que azote el verdugo
ni de que apare el ruñan.

Con azotes ó sin ellos
se sabe mi calidad;
cien mientes te envío en blanco
para quien hablare mal.

Queman por hacer moneda
á quien no supo heredar,
y á quien la hereda y deshace
no le han quemado jamás.

Gorgeando yo en la cuna
me temblaban los ratones,
y en oyéndome, se daban
á los demonios los gozques.

Entrábamos yo y el fresco
por las ventanas de noche;
él á guardarles el sueño,
yo á guardarles los calzones.

Me lloraron sogá á sogá
con inmensa propiedad,
porque llorar hilo á hilo
es muy delgado llorar.

Mas volviendo á los amigos,
todos barridos estan;
los mas se fueron en uvás
y los menós en agraz.

Séquito llevan de danza,
en puros picaros hierven,
por una y por otra parte
van amigos y parientes.

Manzorro cogió dos capas,
una vaina y un machete;
que desde niño se halla
lo que á ninguno se pierde.

A quien me llama liviana
la desmienten cinco arrobas
que peso: tómeme á cuestras
el que me cuenta por onzas.

Acuérdate que en Sevilla
en casa de un veinticuatro,
sin licencia de su dueño
se salió tras tí un caballo.

Bien empleados dos reales,
aunque los debo á mi cena,
pues llevo en este cogote
sol que vender á Noruega.

A niños de la doctrina
no pienso pagar la solfa;
música que no he de oílla,
que la pague quien la oiga.

El dinero del judío
y el dinero del señor,
todos prueban de la bolsa,
todos de un linaje son.

Moneda que no se toma
es la moneda peor:
poco dinero es dinero,
un real con otro son dos.

No titularás en vano
es mandamiento mayor:
mas vale doblon picaño
que principe sin doblon.

De la carretería
el baile es este,

camino carretero
fué darlas siempre.

Dale, muchacho,
que con darle camina
todo ganado.

Ángulo agudo es tomar,
no tomar, ángulo bestia:
quien viene dando, á mi casa
se viene por línea recta.

Aguardar es de prudentes
y guardar es de discretas;
la herida de conclusion
es la de la faltriguera.

Muy atusado de barbas,
muy único de camisa,
para el hodegon, Escoto,
para la estafa, Tomista.

Uva, si quieres subir
á la cabeza despues,
hante de pisar los piés,
que no hay medrar sin sufrir.

Todo hombre es concebido
en cosquilla original,
quien no la tiene en los la dos
ta tiene en el espaldar.

El que cumple lo que manda,
anda, anda, anda, anda.
Quien de ordinario socorre,
corre, corre, corre, corre.
El que regala y no zela,
vuela, vuela, vuela, vuela.
Quien guarda, zela y enfada,
nada, nada, nada, nada.

Acuéstanse lampreas,
sirenas se levantan,
son mero en el estrado,
son mielgas en la cama.

El rico es el bonito,
el pobre es la pescada,
las truchas son las hijas,
las madres son las zarpas.

Los amores, mi madre,
son como huevos,
los pasados por agua
son los mas tiernos.

El dote de palabra
y las calzas de obra;
de contado la suegra
y en relacion las joyas.

SONETOS.

Dícenme, Don Gerónimo, que dices
Que me pones los cuernos con Teresa,
Yo digo que me pones cama y mesa
Y en la mesa capones y perdices, etc.

Erase un hombre á una nariz pegado, etc.

Si eres campana, ¿dónde está el badajo, etc.?

Fué mas larga que paga de tramposo, etc.

Pelo fué aquí en donde calavero, etc.

La vida empieza en lágrimas y caca, etc.

DIDO Á ENEAS.

Aquí llegaste de uno en otro escollo,
Bribon troyano, muerto de hambre y frío,

Y tan preciado de llamarte pio
Que al principio pensaba que eras pollo.

La que no se ha gozado nunca es fea;
Lo diferente me la vuelve hermosa:
Mi voluntad de todas es golosa;
cuántas mugeres hay, son mi tarea.

Quitarnos el dolor quitando el diente
Es quitar el dolor de la cabeza
Quitando la cabeza que le siente.

Mal oficio es mentir, pero abrigado:
Esto tiene de sastrer la mentira.
Que viste al que la dice, y aun si aspira
A puesto el mentiroso es bien premiado.

Pecosa en las costumbres y la cara

Podais entre los jaspes ser hermosas.

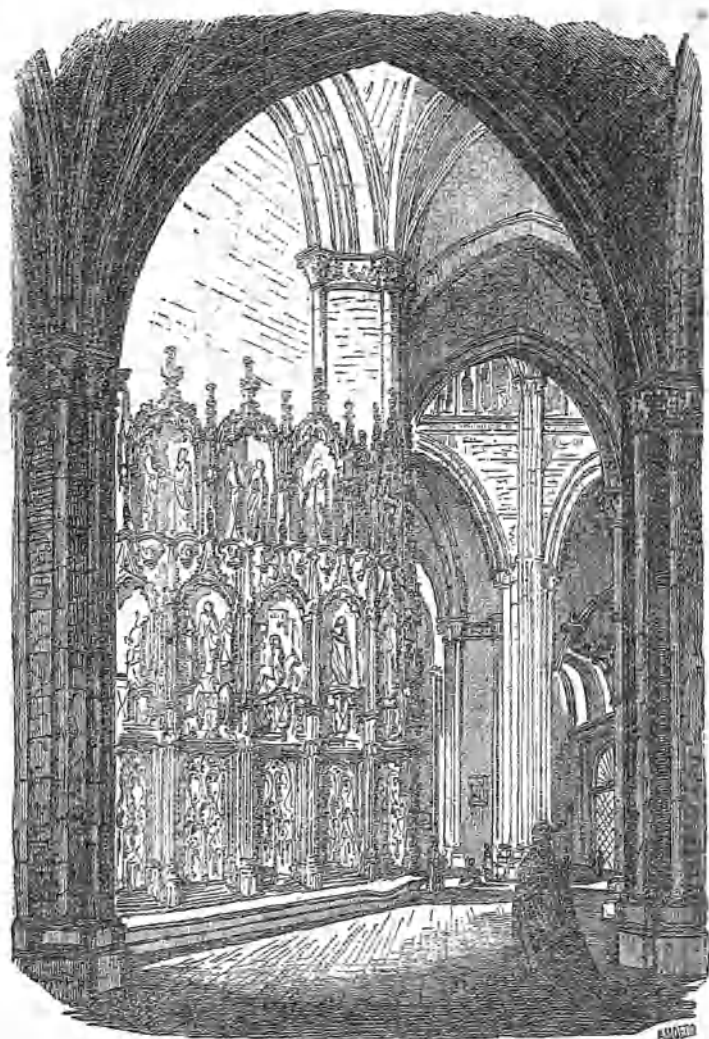
Hace tu rostro herejes mis despojos:
—No es mi rostro Calvino ni Lutero:
—Tus ojos matan todo el mundo entero
—Eso es llamar doctores á mis ojos, etc.

Mi pobreza me sirve de Galeno, etc.

No es erudito, que es sepulturero
Quien solo entierra cuerpos cada día,
Bien se puede llamar libropesía,
Sed insaciable de pulmon librero.

Son los vizcondes unos condes bizcos,
Que no se sabe hácia qué parte conden, etc.

(Concluirá.)



(Vista interior de la catedral de Toledo desde la capilla de San Ildefonso.)

El Maestro Manuel Ramirez de Carrion.

Manuel Ramirez de Carrion, conocido por su obra titulada *Maravilla de Naturaleza y Arte*, nació en la villa de Hellin, y fué hijo de Miguel Ramirez de Carrion y de Doña Maria de la Paz, originarios de familias muy nobles y calificadas de la ciudad de Toledo: hubo de nacer á fines del siglo XVI segun se puede deducir. No sabemos la carrera que siguió, ni los estudios que hizo, y solo tenemos noticia de él desde que se dió á conocer por su admirable habilidad en ejercitar el arte de enseñar á hablar, leer y escribir á los sordo-mudos. Lo que le mereció una extraordinaria celebració.

Siendo sordo-mudo el Excmo. señor D. Alfonso Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego y duque de Feria, y teniendo noticia de la instruccion del maestro Manuel Ramirez, lo llevó á Montilla para ponerse bajo su disciplina, y le dió el empleo de su secretario. Ramirez puso en práctica por la primera vez su arte con aquel prócer, pero segun creemos, habiendo perfeccionado el método usado anteriormente por los que le habian precedido en la enseñanza de este arte. Hallábase ya en Montilla en 1617, pues casó en ella en 7 de agosto del mismo con Doña Elvira Godoy, hija de Alonso Ruiz de Villegas y de Doña Ines Muñoz de Godoy. En 1621 ya sabia el marqués hablar y leer, como consta de un documento de esta fecha, que es la oracion fúnebre que en la capilla que á la catedral real de Felipe III hizo el

Excmo. señor marqués de Priego en su villa de Montilla en 18 de mayo; predicó el maestro fray Pedro de Córdoba, catedrático de escritura del convento de San Agustín de Sevilla. La dedicatoria de este sermón dice así:

«Madame V. E. predicar en las honras que su villa de Montilla hizo á la muerte de nuestro santo rey Felipe III, que Dios llevo para sí á su gloria. Asistió V. E. á ellas, y lo que se oyo no pudo percibir, percibió el feliz ingenio que Dios nuestro Señor á V. E. dió con la relación que el maestro Manuel Ramírez hizo. Y porque del sermón la tenga V. E., le envío esta estampa del Favorácula V. E. con leerlo, que lo merecerá; si no por él, por lo que su dueño tiene de criado de V. E. cuya vida prospere Nuestro Señor.—De V. E.—etc.»

Todavía permaneció en Montilla cuando fué solicitado para enseñar á otros personajes de aquel tiempo que sufrían igual desgracia que el marqués de Priego, los que le debieron el don de la palabra, con que se extendió mas su celebridad.

Habiendo venido á la corte de España la princesa de Carrián Maria de Borbon, muger de Tomás Francisco de Suyoza, primer príncipe de aquel título, cuyo hijo primogénito, Manuel Filiberto Amadeo, era sordo-mudo, el rey Felipe III escribió al marqués de Priego en 10 de octubre de 1638 para que enviase á Madrid al maestro Ramirez de Carrion, ó á quien de quese hiciese cargo de la enseñanza de aquel príncipe. El marqués, que sentía la separación de su maestro, resistió del modo que le era posible, sin faltar al respeto debido al monarca, que Ramirez pasase á Madrid; pero hubo de ceder, y su maestro consiguió enseñar al príncipe el idioma castellano, por lo que el rey le dió el título de su secretario, y le hizo otras mercedes. En 1638 todavía permaneció en Madrid ocupado en la enseñanza del príncipe.

En Andros de Morles se lee que el monje benedictino fray Pedro Ponce, á quien se tiene por inventor de este arte, emprendió enseñar á hablar á D. Pedro de Velasco y Tovar, que murió en 1571, y á D. Francisco, Doña Bernardina y Doña Juliana sus hermanas, muías de nacimiento, hijas todas de D. Juan de Velasco y Tovar, segundo marqués de Verlanga y Estudillo, y hermanas de D. Diego Fernandez de Velasco y Tovar, quinto condestable de Castilla, cuarto duque de Frias, y tercer marqués de Verlanga; mas no llegó el padre Ponce á la perfección con que Manuel Ramirez empleó su arte en los descendientes de aquellos señores, como fueron D. Bernardino Fernandez de Velasco, condestable de Castilla, y D. Luis de Velasco y Tovar, primer marqués del Fresno, en lo que es de notar la propension de esta ilustre familia á la falta congénita de oído. Para encargarse de la enseñanza de estos señores pasó tambien á Madrid Ramirez de Carrion, con licencia por tiempo limitado que le dió el marqués de Priego á ruegos de la Excmo. señora Doña Juana de Córdoba y Cardona, duquesa de Frias, su madre, del condestable su hermano, del arzobispo de Burgos D. Fernando de Acobedo, presidente de Castilla, D. Baltasar de Zúñiga, y el conde de Salazar. El tiempo que le concedió el marqués de Priego á Ramirez no fué bastante para enseñar con perfección al del Fresno, y así este tuvo que ir á Montilla, y permaneció en casa del marqués de Priego hasta que se acabó de enseñar. Otros sujetos recibieron el mismo beneficio del maestro Manuel Ramirez de Carrion, como despues se verá.

Juan Bautista de Morales, distinguido calligrafo, vivia en Montilla por este tiempo, el cual en un libro que dió á luz en esta, entonces villa, el año 1625, titulado: *Pronunciaciones generales de lenguas, arábigas, hebrea, de leer y contar, y significacion de letras por la mano*, dedicado á D. Alonso Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego, celebrando el singular ingenio de Ramirez para la enseñanza de los sordo-mudos, hace de este el más cumplido elogio, y dice lo siguiente: «Por ser cosa curiosa y aun forzosa, el hablar y entender por las letras de la mano entre los presentes, como entre ausentes por escrito, me pareció sería bien fuesen en este tratado de letras y pronunciaciones del abecé. Que si en algun tiempo han sido dignas de estimacion, es en este, por el grado en que los ha levantado Manuel Ramirez de Carrion, maestro de príncipes, milagro de las gentes en todos tiempos, que en ellos ni en los pasados se ha conocido, que con arte tan suave y breve reforme los defectos de naturaleza en parte tan principal y cosa tan esencial como es hablar, pues con ella enseñó á escribir, leer, entender y hablar los mudos, como si hubieran estudiado y aprendido muchas lenguas: y era dignísimo (temar de lo que por su virtud, nobleza, afabilidad, buena intencion y otras muchas buenas partes mereció); que por esta sola las historias lo eternizen, y que haya nuevos Apolos, Ymnates y Lisipos en sus tablas, breves y minimal por todo el mundo hayan conocido su persona; á quien se debe el método breve de enseñar á leer que va al principio de este libro.»

El mismo Ramirez de Carrion, en el prólogo de su obra arriba citada (H), dice así: «¿Y por qué no podríamos numerar entre los mayores,

aunque sea en causa propia, el arte de enseñar á leer, escribir y hablar vocalmente á los mudos?» Siguese enumerando ejemplos de personas á quienes enseñó, y nombra en primer lugar al marqués de Priego, luego al del Fresno D. Luis de Velasco, hermano del condestable de Castilla, á D. Juan Alonso de Medina, hijo de D. Juan Antonio, veinticuatro de Sevilla, y á D. Antonio Do-Campo y Benavides, caballero del hábito de Alcántara. «Dejo de traer á consecuencia otras enseñanzas, dice despues, por haber quedado informes por muerte de mos y ausencia de otros, aunque con manifiesta demostracion de la verdad del arte... Pues no he de pasar en silencio otra inventiva mia que no estimo en menos, que es el haber reducido el modo de enseñar á leer á método tan fácil y á término tan breve que pueda un niño en quince dias, y á lo sumo en un mes, aprender á leer, de loido, que en otras partes llaman decorando, con la perfección que si hubiera aprendido dos años por el modo con que comunmente se enseña en las escuelas. Yo di un ejemplo de esto harto visible, y podria traer muchos. Al condestable de Castilla que hoy vive, siendo de edad de seis años, enseñé á leer en Madrid en trece dias con tanta certidumbre que no tuvo necesidad de otro magisterio mas que del uso, para leer muy suavemente. Así lo certificó V. E. al rey nuestro señor cuando S. M. quiso oír leer y hablar al marqués del Fresno estando yo presente, quando acreditadas ambas inventivas, y su dueño honrado en la presencia de tan gran monarca.»

Si el arte de enseñar á hablar y escribir á los sordo-mudos se conserva y la progresó desde el tiempo de Manuel Ramirez de Carrion, no tenemos noticia de que haya sucedido lo mismo con el método de enseñar á leer con tanta brevedad como queda referido, á pesar de haberse propuesto algunos en estos últimos tiempos, los cuales no se han propagado, probablemente por no conseguirse con ellos el objeto tan fácil y brevemente como se ofreciera. De desear sería que se examinase el método de Ramirez de Carrion en la obra de Juan Bautista de Morales, y pareciéndole útil, como es de creer, se adoptase para provecho del público.

El maestro Manuel Ramirez de Carrion no es tan conocido como debiera, especialmente de los que han tratado del arte de enseñar á hablar á los sordo-mudos. Ni el Ilmo. Feijoo en las partes de sus obras en que trata de esta invencion española, ni otros apologistas de España, aunque hacen mención de los que han escrito sobre la materia á han ejercido este arte, ninguno se acuerda de Manuel Ramirez de Carrion, y esto es lo que nos ha movido á consagrar el presente artículo á su memoria.

LEON MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

OTRAS MEMORIAS DE ULTRA-TUNDA.

Una representacion dramática en el siglo XVI.

Mi afición á curiosar—virtud que caracteriza sobremanera á los estantes y habitantes de esta herética villa—nunca se revela mejor que en esa época que los madrileños antiguos y modernos llaman *temporada de ferias*. Desde que amaneca hasta que anochece, no ha y plazuela que no recorra, mueble que no aprecie, librería que no revele, ni cuadro por cuyo autor no pregunte. La verdad es, que siempre compro algo, nada mas que por comprar, y para que nadie diga que á pesar de mis aires de marchante, no dejo ni un real de á contra en poder de los honrados y laboriosos tenderos nomados de la corte. El año pasado me hice con una espada que segun me aseguraron es la que dió el príncipe de la Paz en su campaña de Portugal, y en este me decidí á ajustar un robusto lote de papeles rancios que liados con un cordel bastante grueso, yacían tendidos sobre el seco pavimento de la plazuela de Santa Ana, en medio de infinitos libros descarrillados, á real el volumen. Por fuera de dicho lote se veía una espesísima capa de polvo, y solo se leía en caracteres rojos, este rótulo: Papeles rancios.

La curiosidad más que el afán de saber lo que en esos papeles se decía, me estimuló á preguntar el precio del lote.

—Cien reales, contestó el encargado de la venta, sacando un puro á medio fumar de la boca, y cogiendo del suelo uno de los volúmenes: cuya portada se puso á leer con aire grave.

—Cien reales! ¡calzaras! exclamé yo. Costas muy buenas debe enterrar el carlapacio cuando está tasado en cinco napoleones y pico.

—¿Cosas buenas... dice V. ? ¡frídera! ahí está al pie de la letra toda la historia de España.

de mucha curiosidad y provecho, recogidos de la librería de diversos y graves señores. Por venta á número de cartones, manusc. y secretario del conde de Priego, dirigido á S. M. Don prioritario en Montilla, en la imprenta de D. E. por Juan Bautista de Morales, año de 1625.

1. Disculpa la obra «Maratiller de naturales» en que se contienen dos mil secretos de cosas maravillosas, á guisa de por el doctor D. Alfonso de Torres y Alvarez

—Eh, eh, eh; pero hoy se encuentran historias de España a menos de diez reales.

—No le diré a V. que no, porque las vendió yo á cinco; mas hágame V. de cargo que lo manuscrito cuesta el doble de lo impreso.

La reflexión del bibliópola me convenció. Ofrecí, rebajé, regateamos, y por último cargué—es decir, cargó una academia estuñana—con la *Historia de España manuscrita*, entregando en cambio seis pesetas.

Pasáronse días y semanas sin que se me ocurriese desatar y registrar el lio, hasta que una tarde de mal humor en mi cabeza y de mucha agua en las narices, me apoderé de él, lo arrimé á la chimenea, y me senté en la butaca á examinarlo, con ánimo decidido de reproducir el escrito de la biblioteca del *hidalgo manchego*.

Corté con una tijera los cordeles, y vi que los manuscritos formaban diferentes secciones, teniendo cada una su cubierta. Sin perjuicio de publicar cuando se me antoje lo que tales secciones abrazan—y de paso declaro que no encontré un solo pápel que destinara al fuego—me retiré por ahora á decir á mis lectores que lo que mas me picó mi atención fué la parte que estaba inclusa en el legajo perteneciente á este sobre ú epígrafe.

La historia verdadera de un español del siglo XVI, escrita por él mismo.

Algréseme el alma al leer el nombre del siglo XVI, porque es un siglo que desearé conocer, y que es hábil difícil de estudiar, especialmente en esta corte, cuyo Real Biblioteca ni siquiera tiene un ejemplar de las obras de Lope de Rueda, al menos para el público. Edad de grandezza y poderío, ¡felices los que vivieron en sus días! En ese siglo se immortalizaron las artes españolas con el monumento del Escorial, y se decoraron las banderas castellanas con las lises arrancadas en Pavia y San Quintín á los herederos de Chaboyan. En ese siglo florecieron Camoens, Ariosto, Tasso, Gueriní, Sigonío, Vives y Herasmo. Ese siglo, que desvela como una pirámide colosal en la historia de las naciones europeas, dió á la política un Maquiavelo, á la física un Galileo, á la astronomía un Copérnico, á la medicina un Laguna, á la teología un Beltramo, á la historia un Barocio, y á la pintura un Rafael. ¡Qué tiempos!

Pero dejémoslos de reflexiones. La *Historia verdadera*—y vaya V. á averiguarse lo es ó no—se refiere á la vida y milagros de un desocupado, puesta toda en forma de diario, ó de memorias, como suele decirse ahora. Esta escrito senza probablemente un conjunto de vulgaridades y de aventuras insignificantes hace doscientos ochenta y dos años; mas lo que es ahora, si su lectura podrá carecer para muchos de solaz y entretenimiento, tendrá para algunos, sin disputa, el mérito de una novedad curiosa.

Ya que ni quiero ni me atrevo á fallar sobre el valor literario y la importancia bibliográfica de mi manuscrito, desearé el fallo de otros, y por eso discurriré publicar algunas de sus páginas, para que por el lio se saque el ovillo, escribiendo un diálogo en que se describe la representación de una farsa sacramental en San Gerónimo del Prado. De la exactitud á inexactitud de la relación no soy el responsable; me lavó las manos como Platón, y dejó al español del siglo XVI los aplausos ó las rechiflas que merezca su trabajo.

Yo no hago aquí otro papel que el de mero copista.

Dice así el manuscrito al folio 129 vuelto:

..... de 1569.

Hállhame esta tarde á la caída del sol, reclinado en las almohadas de mi cama y entregado á las delicias que siguen á una sosegada siesta de dos horas y media, cuando entró en mi habitación, sin anunciarse antes como ha de costumbre, mi amigo Guzman.

Levantéme para ver si se le ofrecía algo, y me volví al encuentro preguntándole tímidamente:

—¿Estás solo?

—Solo, sí, le repuse mirándole de hito en hito, y observando que su vista recorría todos los puntos de la estancia.

—¿No ha entrado aquí una dama con manto negro y saya de gorrada de Italia?

—Te engañaron, Guzman.

—No ha entrado tampoco un hidalgo con calzon de terciopelo acuchillado, largo en escarzuinas, colete de ante y sombrero adornado con largas plumas?

—También en eso te engañaron.

—¿Linda aventura! exclamé tristemente. He visto en el Prado, hace media hora, á una doncella que debe ser la mas famosa belleza que se pasee en las orillas del Manzanares; pareceríame percibir un guiño significativo en la dueña que la acompañaba; seguíla á alguna distancia por plazas y callejuelas, y al doblar una esquina acercóse á la dama un amibarado galán, tan importunamente que á llevarme de mi genio, le habría sido por el collar del jubón, y...

—Y en fin, le interrumpí ansioso de saber la conclusion del cuento, perdiste de vista á la dueña, á la dama y al galán.

—Exactamente, me contestó; pero fué despues de haberlos visto entrar por la puerta de tu casa.

—Habrás tomado la que sigue por la mía, y además, aunque heyan subido estas escaleras, no debe darle cuidado el eclipse del sol que venias persiguiendo, porque puede suceder que la tal dueña sea alguna zureadora de voluntades, como la *Celestina* de Rojas.

—No lo quiero creer, replicó secamente. ¿Sabes, añadió despues de una breve pausa, que me sorprende tu método de verlo? Cuando todo Madrid anda por esas calles disfrutando de las fiestas que ahora se celebran, tú permaneces encerrado como si hubieras hecho voto de clausura.

—Esos que tú llamas fiestas, malditas la gracia que me hacen, murmuré entre dientes.

—¿Con que no te hacen gracia los festejos con que Felipe II solemniza la entrada de la reina Ana de Austria?

—No por cierto; á lo único que siento no haber asistido es al auto que se representó esta tarde en San Gerónimo: si tú fuiste allá y quisieras referirme...

—Con mil amores. Debo advertirte que no me gustan los autos; y ya quien sino al vulgo necio agrada una farsa como la del *Sacramento de moselina*, en la que desempeña un papel principal el Vaticano; cómo la de los *Cinco sentidos*, en que salen el ver, el oír, el gustar, el oler, el palpar, un pastor y la fé; ó como la de la *Visicacion de San Antonio*, en donde hablan, además de este Santo y la Virgen, un centauro, tres ángeles, un sátiro, tres discípulos de San Antonio y tres leones? ¿A quién no repugnan también esos autos inmorales é irreligiosos, ejecutados en los parajes mas públicos por algunos histriones bellacosos?

—Tengo para mí, Guzman, que las cortes de Valladolid pudieron hacer algunos años, y S. M. dispuso la prohibición de las farsas *feas y deshonestas*.

—El mal está en las costumbres y las costumbres no se varían con una ley. A petición de las mismas cortes de Valladolid ordenó Carlos I á los virreyes de Indias que no permitiesen imprimir, ni vender, ni leer en sus distritos *libros de caballerías*, y no tan solamente se imprimían, y vendían, sino que el mismo emperador pasaba las noches de claro en claro leyendo á *Don Beltrán de Gracia*. Tema resuelto, pues, no iré á San Gerónimo desde que supe que no era un paso del insigne farsante Lope de Rueda lo que iba á representarse, sino una farsa sacramental, de autor desconocido, titulada: *La fuente de la gracia de Dios*; pero obligóme á mudar de parecer un tal Miguel de Cervantes Saavedra, joven de unos veinte y dos años, asaz agudo, de ingenio florido, y que además de prometer mucho para la literatura, ha compuesto ya algunas comedias, aunque tan en mal hora, que ni Cristóbal Navarro, ni ningún otro cómico se las quiere poner en escena. Nos dirigimos al templo de San Gerónimo, en cuya puerta había, como es costumbre, bufaleras y conservas. Parecióme que Cervantes se desviaba con algun pesar de aquellas gulosinas, y no me engañé, porque hallándole yo convidado, se daba tal prisa á engullir, como si en todo el día no hubiera llevado otro alimento á la boca.

—Tal puede suceder, exclamé yo; y ya no me sorprende que ese mancebo sea de tanto ingenio, porque el hambre es gran maestra de filosofía y aguzadora del entendimiento.

—A duras penas, continuó Guzman, pudimos penetrar, pues era tal el concurso y tanta la apretura, que aquí se desgarraba un manto, allí se desmayaba una doncella, en este lado se plañía una dueña de que le habían robado un rosario de palo santo, y en el otro se sentían caer puñadas como mazos de batán.

—Ya veo, dije interrumpiéndole, que obré muy cuerdamente en no salir de casa.

—Llegamos por fin al claustro, proseguió sin oírme, que estaba colgado de ricos paños de brocado y tapicería. Habíanse construido gradas ricamente estipizadas para las personas de distincion, mas nosotros que no somos titulos de Castilla, ni pertenecemos siquiera á la órden de los gerónimos, nos incrustamos como pudimos entre la plebe apañada sobre el pavimento, desde donde se veía, allá en un extremo colocado, el cadabazo levantado para la representación. Cuadrónos estar al lado de cuatro estudiantes de Valladolid y Salamanca, que por mal de nuestros pecados aprovecharon las vacaciones para venir á turbar la paz de las reales fiestas. No pasaba caballero que no conociesen, dama que no requiebrasen ni dueña que no motejaran.—¿Veis, gritó uno de ellos, á ese que sube por la izquierda con calzon y zapato blanco, cuyas verdas le hacen parecer mas á propósito para disciplinante que para una veinticuarta de Toledo? Pues ese es el famoso poeta sevillano Baltasar del Alcázar, autor del diálogo de *Borondanga y Andrejuelo*, al calde de los hijos-dalgo y tesorero de la casa de la moneda. Y con voz estentórea empezaron todos á entonar aquella célebre copla del buen Alcázar.

Si es ó no invencion moderna,
vive Dios que no lo sé;
pero delirada fué
la invencion de la taberna.

Al llegar aquí, exclamó el más joven abuecando la voz: Ténganse todos, tirios y trojanos, y saluden al príncipe de los ingenios españoles, al nunca bien ponderado compositor de *La Araucana*, D. Alonso Ercilla de Zúñiga.—Y si mal no me engaño, continuó otro, el hidalgo que le acompaña con jubón de fustán, capa frisada y espada de Cuello en el guarnecido talaharle, es Cristóbal de Virués, autor de cinco tragedias.—Auguro desgracias, añadió el más joven, porque ese Virués es tan singulario, que en su tragedia el *Atta furioso* hace morir á cincuenta y seis personas y á toda la tripulación de una galera.

Cansado con estos minuciosos detalles dijo al locuz Guzman:—Si no lo llevas á mal, deja el diálogo de los estudiantes y hablemos del auto.

—Voy á eso. Fueron tomando asiento los convidados, que eran las personas más notables de la corte, los caballeros de las cuatro órdenes militares, los enbujadores, etc. Allí estaban entre los monjes el inmortal agustino fray Luis de León, fray Juan Ortega, autor del *Lazarillo de Tormes*, que algunos atribuyen á Hurtado de Mendoza, el maestro Juan de Avila, famoso predicador, el severo fray Pedro Malon de Cháidez, gran prosista y poeta sagrado, y el padre Gerónimo Bermúdez, compositor de *Nine lastimosa* y *Nine laureada*. Allí estaban además, entre otros muchos que no recuerdo, los ingeniosos poetas Juan de la Cueva, Francisco de Figueroa, Jorge Montemayor, Gil Polo, Fernando de Acuña, Juan de Argüjón, Antonio Mira de Amescua, José Villavieja y Vicente Espinel, célebres por sus autos, églogas, elegías y novelas pastoriles, y el último especialmente, por ser el inventor de la décima ó espinela.

—Eso no es la acordada, amigo mío; acabas de decir que vas á hablar del auto, y me estas entreteniendo con una lista de poetas que conozco perfectamente.

—Del auto estoy hablando; pero me concretaré algo más, ya que así lo desean y que estos detalles te causan. Acomodada pues que fué toda la gente, anuncióse el principio de la función con una música acorde y misteriosa que de las entrañas de la tierra parecía salir. Empujáronse los más bajos, encaramáronse los chicos, abarcaron todos los pescuezos, y el primer farsante, con traje abigarrado, subió por una escalera de mano al calabazo, en donde, después de saludar humildemente al auditorio y de manifestar que se iba á representar la farsa sacramental de *La Fuente de la gracia de Dios*, recitó la loa, que empieza con estos versos:

Católico Ayuntamiento,
gente cristiana y benigna,
aquí vuestro autor se inclina
á recitarles un cuento
de invencion santa y divina.

Cuando hubo concluido, subió por la misma escala otro farsante, que aunque en ropa mugeril, á tiro de ballesta se conocía ser un rapazuelo, cuando no un novicio.—Está que ahora sale, gritó el de la loa, es la *Gracia*.—Sea por muchos años, replicó incontinenti con sonoro acento uno de los estudiantes que estaban á mi lado, y ojalá tenga más gracia en hablar que en vestir. Púsose muy colorada la *Gracia* por aquella honja, y turbóse de tal manera que se vió y se desió para recitar una docena de quintillas. Sentóse en seguida en un taburete de madera pintada, y entonó el siguiente villancico:

Venid á la fuente,
venid, pecadores,
limpios de errores.

—¡Que calle la juglaresa! dijo un mozalbeté desde la cornisa de una columna á la que se había encaramado para ver más cómodamente la función. Bien dicho, añadió uno de los estudiantes, porque esos más parecen *cantaras de gesta* que villancicos. ¡Que calle! repitieron en coro más de veinte voces. El primer farsante que había subido al tablado se adelantó dos pasos, hizo un saludo reverente, y murmuró con voz temblorosa estas palabras: «Ya ha callado; y ahora presten atención, porque va salir el *Descuido*». Apareció en efecto este nuevo personaje, y entabló un diálogo con la *Gracia*, digno de grabarse en mármoles. Y aquí empieza lo mejor, pues así que hubieron concluido de recitar sus papeles, quedáronse mirando unos á otros sin saber qué decir. Pasados algunos momentos de silencio, comenzó á agitarse sorpresivamente la multitud, dieron rienda suelta á su descontento los bulliciosos, y sobre el clamoreo general, percibiase la voz de los escolares:—¡Ahorcar á esos tunantes!

Dió muestras de querer hablar el que había recitado la loa; y después de restablecida la calma, habló con acento compungido.—El respetable auditorio se sirvió perdonar nuestras faltas, y esperar un

momento más, porque el Fiesó, que debía salir ahora, anda jugando por las esquinas los carteles de la comedia de mañana, y ya no puede tardar mucho. Llegó de temerarse el albayto con este discurso, creció hasta tal punto, que si el Fiesó tardó cinco minutos más, lo hubieran pasado mal los pobres farsantes. Abotadamente, el que ha desempeñado ese papel es un bribón que no se ahoga en poca agua; al contrario, para conjurar la tormenta del público, hizo tales gestos y contorsiones que los sibidos se trocaron en aplausos cuando cantó esta loa:

Ranquetes son los que quiero,
y alegrar mi corazón,
y comer de magollón
en casa del caballero.

Cervantes, que parecía extrañarse de oír aquellas manifestaciones de aprobación, preguntóme con malicia: ¿Crais que los versos de Juan de la Encina causarían aquí tan grande admiración? ¿Crais que las poesías de Garcilaso tendrían tan benévola acogida? Si darne tiempo á responderle, murmuró uno de los estudiantes.—Estos hidalgos los deben pertenecer á los tiempos de Fregenal y Boscan, según los recuerdos que evocan. Pero no habló tan en voz baja que no le oyera Cervantes, el cual encendido en ira y acercando la empuñadura de la espada, dirigió una mirada tal al entremetido, que hubiera habido un lance desagradable, si entonces no llamara la atención de todos un farsante que desde el tablado á grandes voces decía:—Escuchen todos los presentes, porque ahora va á dar fin la farsa con el famoso diálogo de la *Confesion* y la *Contricion*. Terminóse en efecto con ese diálogo el auto de la *Fuente de la gracia de Dios*, que es entre todas las fiestas celebradas para solemnizar la entrada de la reina Ana de Austria, la que nos dará que hablar y la que yo hallé más insulsa.

—Opino del mismo modo y me doy el parabien por no haber asistido á ella.

—Sin embargo, repuso Guzman, no permitiré que mañana estas encerrado como hoy. Vendré á buscarte y pasaremos el día juntos.

—Si hay alguna rosa que merezca verse...

—¡Oh, sí! me interrumpió precipitadamente. Por la mañana saldrá en un carro triunfal el admirable Lope de Hueda representando varios pasos; saldrán después los gigantes con máscaras y danzantes. A la tarde se correrán y alencerrarán toros y habrá juegos de cañas; y á la noche veremos delante de Palacio una justa real, en la cual defenderán los mantenedores esta demanda que ayer publicaron solemnemente en un cartel.

La reina Ana de Austria es la mas hermosa dama de estos reinos.

—Me comprometo pues á acompañarte.

Levantóse en seguida el asiento que había tomado durante su narracion, y estrechando mi mano entre las suyas se despidió de mí.

Hasta aquí el diario. Ya me despidió tambien de los suscritores del *Semanario*, hasta que me dé la humorada de regalarme un segundo tomo de las que denomino OTRAS MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA.

J. RUA FIGUEROA.

ORÍGEN DE LOS DOS CÉLEBRES Y ANTIGUOS BANDOS VASCONGADOS, CONOCIDOS CON LOS NOMBRES DE *Oñacinos* y *Gamboynos*.

Por los años 1419 tuvieron principio en Cantabria los prolongados y furiosos bandos titulados *Oñacinos* y *Gamboynos*, que inundaron de sangre y de destrozos los campos y las poblaciones de aquel noble y montuoso terreno, cuyo origen, según creemos por cierto, fué el que sigue. Las tres provincias que componen la citada Cantabria, Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, para mantenerse en la hermandad, mutua unión y correspondencia que habían tenido sus antepasados, por cuyo medio se habían preservado del universal cautiverio á que redujeron á los antiguos españoles las naciones bárbaras que en diversos tiempos miserable y líricamente los dominaron, celebraban diversas hermandades ó juntas, en las cuales prudentemente consultaban los medios de remediar los desórdenes pasados y de cautelar y prevenir los futuros, cuyas juntas se tenían en un pueblo de Álava, llamado *Urbarrí*, ó pueblo nuevo, el día 1.º de mayo de cada año.

Después de conferidas y resueltas las providencias que juzgaban más convenientes á la antigua y mutua unión que les había hecho superiores á sus enemigos, pasaban, los que asistían á dichas juntas, á la iglesia á dar gracias á Dios y á ofrecer, por medio de sus ministros, algunos dones. Entre estos solían ser varios tirios de cera blanca, de algunos pesos. Entre estos solían ser varios tirios de cera blanca, de algunos pesos de diez á doce arrobas, por cuya razón los conducían en sendas hasta la repetida iglesia; pero pareciéndoles á unos que sería más

decoroso y mejor llevarlos en hombros; comenzaron á clamar en altas voces *Gambayna, Gambayna*, que es lo mismo que decir *por lo alto, por lo alto*; á las cuales hubo otros muchos que figurándoseles carecer de razon el intento de sus compañeros, contestaron *Oñez, Oñez*, que en castellano es *á pié, á pié*, ó *por lo bajo, por lo bajo*.

Inútil y nada conducente contienda; mas como de una pequeña y despreciable pavesa se enciende un fuego capaz de reducir á cenizas un majestuoso palacio; así una diferencia tan pueril, como la de que vamos hablando, dignísima de despreciarse por todos, fué causa principal y única de los horrores y desastres que hubo en el país; pues que persistiendo los primeros en que los cirios se habian de llevar por lo alto, y los segundos que por lo bajo, vinieron á las manos, duró la contienda mas de cincuenta años, se dieron batallas, se destruyeron pueblos, se arruinaron campiñas, y ni la presencia del rey, que fué á rosegar los ánimos, los pudo contener ni hermanar, advirtiendo que aun en el día siguen y se conocen en las tres provincias ambos bandos, sin que haya uno solo de sus habitantes que deje de pertenecer á cualquiera de ellos.

REMIGIO SALOMON.

LAS ESTRELLAS.

¿Ves esas luces que vagan
y que víva luz destilan,
y rielan y titilan
y al nacer el sol se apagan?
¿Que en indefinible encanto
nos lanzan una mirada
suave, incierta, balada
entre la risa y el llanto?
¿Que en la triste soledad
nos consuela si nos mira,

porque en su fulgor traspira
vaga luz de eternidad?

Esas luminarias bellas
son un arcano de Dios:
ven, alma mía, y los dos
miraremos las estrellas.

Los que en la tierra con fervor amaron
Y el dulce encanto de un amor perdieron,
Y ansiando amor en soledad lloraron,
Y henchida el alma con su amor murieron.

Cuando su frente virginal doblada
Como las hojas de agostado liria
Se alzaron de Sion en la morada
En alas de su amor y su martirio:

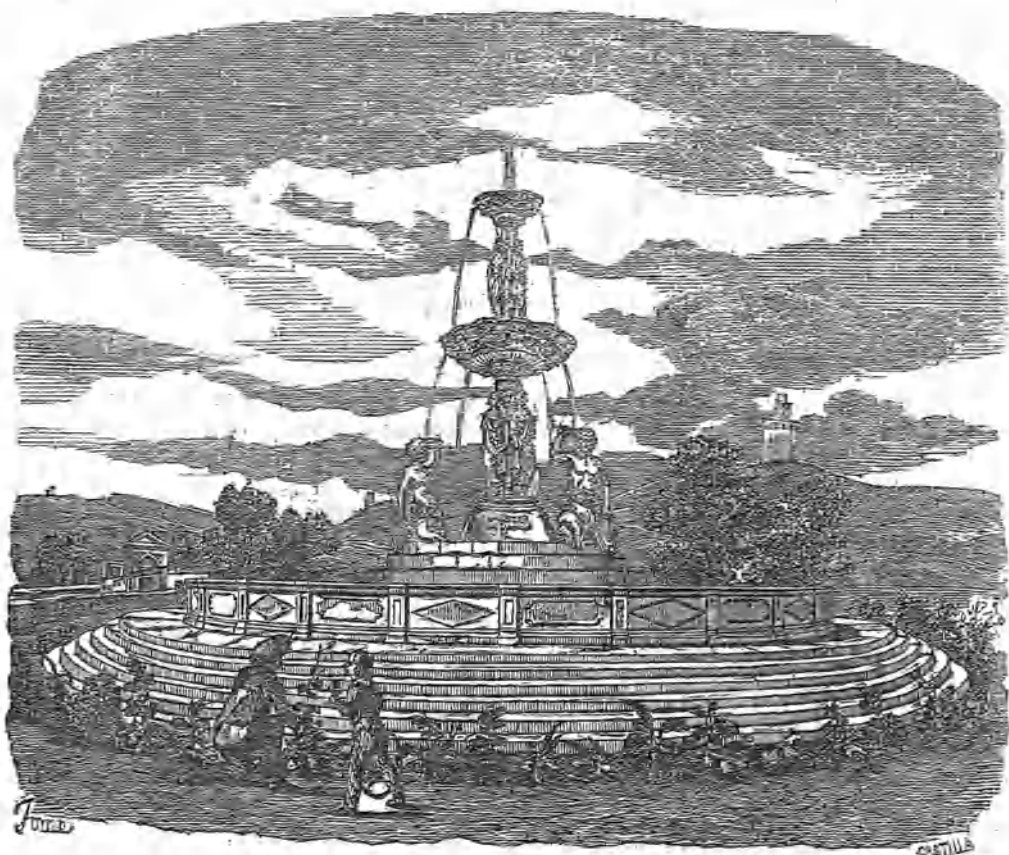
Al llegar á la cima de la altura
A su trono el Eterno las destina,
Y de sus ojos la mirada pura
Es la luz con que el cielo se ilumina.

Y al toque vespertino de plegaria,
Cuando el silencio mundanal empieza
Y el alma recogida y solitaria
Se concentra en su amor y en su tristeza,
Vese un fanal de luz consoladora
Que brilla dulcemente en lontananza,
Para que vea el que en la tierra llora
Que Dios alumbró un faro de esperanzas.

F. CAMPRDON.

SOLUCIÓN DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL N.º 4.

El mundo es uno de los enemigos del alma.



(Fuente del Campo del Moro en Madrid.)

Redactor y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.